

“El tacho”

Cada noche, antes de dormir, Sofía bajaba la basura. Siempre a la misma hora, y con la misma bolsa. Era parte de su rutina, como cepillarse los dientes o revisar que el gas estuviera cerrado.

El tacho estaba a unos metros del portón, en un rincón donde la luz apenas llegaba. Esa noche, sin embargo, la bolsa pesaba más de lo normal. No olía mal, pero estaba... tibia. Lo apretó un poco y notó una textura blanda irregular, como si tuviera adentro algo extraño.

No quiso pensarlo demasiado. Caminó hasta el tacho, levantó la tapa toda oxidada y tiró la bolsa. Pero justo antes de soltarla, sintió algo que se movía, como un empujón desde adentro, como si algo o alguien intentaba salir de la bolsa. En su interior sintió un fuerte escalofrío. No la abrió, no la miró. Cerró el tacho y volvió corriendo a su casa. No dijo nada. Se acostó como siempre, aunque dejó la luz del pasillo prendida por cualquier cosa.

A la mañana siguiente, el tacho estaba totalmente limpio, incluso brillante. Parecía nuevo.

Esa noche, otra bolsa. Esta vez no estaba tibia, pero al llegar al rincón donde se encontraba, encontró el tacho tapado con algo: una bolsa negra, atada, del mismo tipo de las que usaba ella. No era de ella. No podía ser de ella.

Volvió a la casa sin tirar la suya. La dejó en la cocina, el olor no tardó en aparecer.